

Historia de las Semanas Sociales en Cuba

Por MANUEL MARRERO ÁVILA

Hemos terminado, satisfechos, nuestra Semana Social Católica que, según la cuenta, fue la décima; y eso es así, simplemente, porque estas Semanas tienen una historia –no tan larga, pero sí en ascenso– que nos pertenece y que valdría la pena conocer y admirar.

De nuestras primeras Semanas hay pocos datos que ofrecer, y mucho que agradecer, porque se extraviaron en la lejanía (no tan distante) del tiempo, que inexorablemente transcurre, y la memoria que envejece y olvida. Quizás, también, no se tenía entonces mucha claridad sobre la historia eclesial y social, de servicio, que estas Semanas iban escribiendo a renglón seguido, unas tras otras. Sí sabemos que la primera Semana fue en Sagua la Grande en diciembre de 1938 y que se dedicó al importante tema de «La familia» siempre cardinal para Cuba; y que la segunda Semana fue en La Habana, en el poblado de Madruga, en el año 1942, y aunque no se

conocen datos sobre el tema que la convocó, se me antoja pensar que, seguramente, estuvo muy al tanto de las cuestiones relacionadas con la recién estrenada Constitución de 1940 y los caminos de servicio que la Iglesia y la República proyectaban para una Cuba nueva, laboriosa y democrática que emergía del caos y la confrontación. Después hubo una breve pausa y la tercera Semana también tuvo como sede a La Habana, en el año 1951, esta vez convocada para la reflexión acerca de «La solución cristiana a los problemas agrarios de Cuba» la misma ocurrió en medio de una fuerte polémica (de entonces y de ahora) sobre el uso y la tenencia de la tierra, donde la Iglesia postulaba la necesidad, cada vez mayor, de implementar correctamente la Reforma Agraria como método eficaz, sobre todo, para «elevar el nivel de vida de nuestro campesinado» y la productividad de muchas de nuestras tierras.

Foto: ManRoVal



De izquierda a derecha, Enrique Rojas, Francisco Amador, Luis Rigau y Antonio Rodríguez, organizadores de anteriores semanas sociales.

Más de 40 años pasaron y entonces –fruto visible del Encuentro Nacional Eclesial Cubano, de 1986, (verdadero Pentecostés para nuestra Iglesia)– en noviembre de 1991 se citó la cuarta Semana, esta vez en las afueras de la Ciudad de La Habana, convocada en el centenario de la Encíclica *Rerum novarum*, recién actualizada por Juan Pablo II con *Centesimus annus*. Fue una relectura que nos permitió descubrir la riqueza de los principios fundamentales formulados en aquel primer documento de la Doctrina social de la Iglesia, así como echar una mirada a las cosas nuevas que nos rodean, y en las que nos hallábamos inmersos a inicios de los 90, tan diferentes a las cosas nuevas que caracterizaron la época en la cual el papa León XIII escribió su Encíclica. No olvidemos que un par de años antes había caído el Muro de Berlín con el consiguiente desmoronamiento, uno por uno, de todos los gobiernos comunistas de Europa del Este hasta llegar, con su efecto dominó, prácticamente unos días después de terminada nuestra Semana, a la desaparición de la URSS. Es innegable que todo esto también condicionó nuestra reflexión de aquellos días, con las certezas de que un futuro nuevo (y así fue) llegaba a nuestras puertas y para lo cual, desde nuestra fe, los cristianos teníamos algo que decir y mucho por hacer.

Después la Semana Social Católica asumió el ritmo de convocatoria cada dos años, «siempre buscando inspiración, para su imprescindible labor de discernimiento de los signos de los tiempos, en algún documento del Magisterio de la Iglesia, universal o nacional, que en cada uno de esos momentos tenía una relevancia especialmente significativa» con el objetivo de mirar y responder cristianamente a nuestra realidad.

Por eso la quinta Semana se celebró en La Habana, en noviembre de 1994, convocada por la recién constituida Comisión Nacional de Justicia y Paz, para reflexionar sobre “La misión reconciliadora de la Iglesia y su servicio a la justicia y a la paz en Cuba”. Recuerdo que estábamos en pleno Período Especial y la esperanza reflejaba los embates de nuestra disminuida corporeidad. Las jornadas de trabajo eran largas y tensas; no olvidemos que el verano de ese mismo año la estampida migratoria hacía los Estados Unidos fue de 35 mil compatriotas, la mayoría de los cuales aun esperaban permisos para terminar su viaje, en improvisadas carpas en la Base Naval de Guantánamo. La presencia del cardenal Roger Etchegaray, secretario del Pontificio Consejo Justicia y Paz, espigado, lúcido, sonriente y atento, hizo mucho bien a nuestra Semana Social, al calor de las brasas aun encendidas del Mensaje de nuestros Obispos: *El Amor todo lo espera* (septiembre, 1993).

La sede de la sexta Semana se trasladó a El Cobre, a los pies de María de la Caridad, en mayo de 1997, convocada para reflexionar sobre “La libertad religiosa como fundamento de los Derechos Humanos” a la luz de la Carta apostólica de Juan Pablo II, en preparación al Jubileo del año 2000: *Tertio millennio adveniente* y como preludeo a las celebraciones mundiales por los 50 años de la *Declaración Universal de Derechos Humanos*. Allí estuvo monseñor

Diarmund Martín quien era entonces secretario del Pontificio Consejo Justicia y Paz y que muy sabiamente invitó a los participantes a no olvidar que “la fe religiosa ofrece al creyente motivos superiores en el empeño por construir una sociedad más justa y humana” .

En Matanzas fue la séptima Semana, en junio de 1999, cuando aun en nuestra Isla (como si hubiera sido antier) se escuchaba el paso firme y la palabra esperanzadora de aquel Peregrino de la Paz y la Esperanza que apenas año y medio antes nos había visitado. Entonces la convocatoria fue sobre el “Magisterio social del papa Juan Pablo II en Cuba” y estuvo entre nosotros monseñor Giampaolo Crepaldi, subsecretario del Pontificio Consejo Justicia y Paz.

La diócesis de Cienfuegos acogió la octava Semana, en octubre de 2001, para proseguir buscando luces a partir de aquel “Ustedes son los protagonistas de su historia personal y social” que seguía marcando rumbos nuevos para nuestra Iglesia y nación. Entonces quisimos repensar a la luz de la Instrucción Pastoral de nuestros Obispos, a inicios del nuevo milenio: Un cielo nuevo y una tierra nueva. Esta vez nos acompañó monseñor Frank Dewane, subsecretario del Pontificio Consejo Justicia y Paz.

Después, en noviembre de 2004, la ciudad de Camagüey fue sede de la novena Semana convocada bajo el lema de “La Paz y sus fundamentos: verdad, justicia, amor y libertad” para conmemorar los 40 años de la Encíclica *Pacem in Terris* que, sin lugar a dudas, marcó un estilo y un camino nuevo por donde, desde nuestro compromiso social, transitar en busca de la ansiada paz. Esa vez regresó a compartir con nosotros monseñor Giampaolo Crepaldi, quien era entonces secretario del Pontificio Consejo Justicia y Paz.

Es una corta historia (así narrada) que delinea un proceso y una respuesta de servicio y orientación, de la Iglesia –y muy especialmente de su laicado– de cara a la realidad social, histórica y pastoral que ésta vive. Por eso es bueno insistir que las Semanas Sociales tienen que ser entendidas como un hecho de Iglesia, un suceso de Salvación y una puesta a punto en el Espíritu Santo, siempre presto a renovar, a recrear y a enrumbar la nave de la Iglesia.

Siempre he considerado que –más allá de las cuestiones relacionadas con la logística y las imprescindibles acciones que se refieren a la selección de los participantes, invitados, transportación, alimentos, orden, trabajo de secretaría y el buen uso del tiempo (al interior de las jornadas de trabajo) donde es innegable que hemos ido ganando (cada vez más) y está última pudiera ser considerada como una Semana de lujo– todas las Semanas Sociales han sido excelentes, porque han respondido a un momento muy particular de la Iglesia y del sentir de nuestra sociedad y de nuestra gente.

Ojalá sigamos desbrozando abrojos para «encontrar un camino que contribuya a hacer avanzar la historia» personal, social y eclesial nuestra, más allá de nuestros cansancios, desconfianzas y sospechas. Y ojalá lo hagamos contando con la riqueza mayor de ser cubanos y diversos.

